

Medellín, 31 de mayo de 2023

Carta abierta a los Apehaches¹:

Reciban un saludo muy cordial. Esta es una fórmula con la que se suelen encabezar los mensajes, las cartas. Pero quiero detenerme inicialmente en esta expresión que, por común, puede perder, a veces, su capacidad de expresar lo que pretende: un saludo desde el corazón. Ustedes, Apehaches, saben lo que significa (en su estructura anatómica y en su fisiología) este órgano. El corazón también ha estado cargado simbólicamente con el peso de los sentimientos; los mayas, los egipcios, los aztecas... tuvieron prácticas culturales que ritualizaron esta centralidad del corazón en la comprensión de lo humano. Pero, además de estas dimensiones clínicas y culturales del corazón, ustedes viven, encarnan día a día, ese verso de la canción del rosarino Fito Páez: "Quién dijo que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón". Es desde esta polisemia, desde esta densidad, que quiero expresarles un saludo muy cordial.

Sé que es un gesto extraño, este de sacar un papel en medio de la conversación para leer en voz alta, es casi transgresor con el ritual de este foro. Cuento con su comprensión, en el sentido más propiamente humano de esa palabra. Decidí escribir esta carta porque creo que es el género que más se ajusta a la versatilidad de la escritura; en el género epistolar confluyen ideas, emociones, argumentos, imágenes y memorias, sin riña ni menoscabo. Esta carta es para ustedes, Apehaches. No hay ninguna novedad en esta iniciativa; sólo quise seguir una vieja tradición, la de escribir para pensar, la de hablar desde lo escrito, la de enviar una carta a una comunidad para invitar a pensar juntos los asuntos que nos tocan y nos

¹ Carta leída en el Foro: Responsabilidad legal en la toma de decisiones difíciles y dilemas éticos, desarrollado en el marco del *V Congreso de Atención Prehospitalaria: 20 años posicionando la profesión en el país*.

interpelan, en este caso, en relación con el *ethos* en la toma de decisiones en contextos difíciles.

El profesor Andrés Fernando Ospina y la profesora María Conchita Ochoa me invitaron a conversar en este foro sobre Responsabilidad legal en la toma de decisiones difíciles y dilemas éticos, aportando una voz desde la orilla de las humanidades. Una orilla que suele estar muy sola en estos días pero que, es lo que espero, puede aportar algo a la conversación.

Quiero, en primer lugar, proponer una pregunta aparentemente obvia: ¿de qué hablamos cuando hablamos de atención? Hoy las más poderosas empresas multinacionales están compitiendo por nuestra atención, por esa particular experiencia del tiempo que es el presente del presente (según la expresión de San Agustín en el Libro XI de Las Confesiones). ¿A qué, a quién, le prestamos atención? En nuestro idioma, la palabra atender tiene la connotación de ayudar, mientras que en inglés la palabra *attend* significa estar presente. En español asistir es estar presente, mientras que en inglés *assist* significa ayudar. Puede que alguien piense que se trata sólo de un juego terminológico. Pero quien así piense quizás no ha entendido que la vida acontece en las palabras, en las dichas y en las calladas, en las escritas y en las borradas, en las que se entregan y en las que se guardan. Una vida, además de terminar en una pucha de cenizas, es también, al final, un puñado de palabras.

Cuando tantos estímulos nos distraen prestarle atención a otro ser (tanto en el sentido de ayuda como en el de estar presente) es la condición básica y la forma más concreta de la compasión (Joan-Carles Mèlich). Este congreso es un espacio para renovar y reconocer el valor y el sentido que tiene la atención como forma de solidaridad y compromiso con la otredad. Ustedes, Apehaches, son profesionales de la ATENCIÓN, es decir que su ardua preparación, sus años de formación, cobran vida en esos segundos en los cuales se encuentran con una persona que requiere

su atención, que necesita de otro para actualizar su conatus (Spinoza), su voluntad de ser.

La atención es posibilidad, la atención es compromiso, la atención requiere valentía. La vida propia se define por aquello a lo que le presto atención. Tomarse en serio esta palabra, asumirla, encarnarla, es el acto ético por antonomasia de los Apeaches. Hoy lo estamos hablando en este contexto, pero aplica para todas las dimensiones de la vida. Los seres humanos somos animales sedientos de atención. Necesitamos de otro, de un rostro presente para afirmar la propia existencia. Es ante el rostro del otro que nosotros nos presentamos. El rostro del otro me interpela e invita a que le comprenda (Lévinas). Así acontece el juego de la identidad y la diferencia. Primera idea en este conato de carta: la condición básica de la ética en el ejercicio de los Apeaches tiene relación con su identidad: asumir lo que son, llegar a ser lo que son (Píndaro). Ser capaces de ofrecer su corazón, para que otro corazón siga latiendo o para acompañar a otro corazón en su necesario dejar de latir. Una forma de sintetizar la paradoja que he intentado esbozar inicialmente es esta: se trata de ofrecer el corazón cuando parece que ya todo está perdido en una ciudad de pobres corazones...

Esta ontología cotidiana, esta consideración de la ética desde lo que se ha decidido SER, conduce a una de las circunstancias que le es propia al ejercicio de los Apeaches: tener que decidir. Como lo decía Sartre: estamos condenados a decidir. Esa es una de las experiencias más desafiantes cuando ustedes están en sus campos de acción y en sus los lugares de práctica: responsabilizarse de sus decisiones desde una triple dimensión: la responsabilidad profesional, la responsabilidad legal y la responsabilidad ética. El escenario ideal es que se conozca y se reconozca esta dimensión tripartita de la responsabilidad en las decisiones y que se actúe en consecuencia. Sin embargo, hay situaciones en las cuales hay fisuras entre estas dimensiones. Este es el momento trágico, en el sentido de Antígona. Cuando las guías se quedan cortas, cuando los parámetros preestablecidos según la evidencia tambalean ante lo inédito, cuando se me

demanda una respuesta en un contexto radicalmente nuevo. Con un agravante: de la oportunidad de sus decisiones dependerá el desenlace, de su decisión depende la vida.

Por eso es tan importante prestar especial atención en su proceso de preparación. Ahí empieza el compromiso de cuidado del otro, en una formación responsable, crítica y permanente. Un Apehache mal formado representa un grave peligro social. Sólo emergen dilemas en una mente que se pregunta, que se cuestiona. Es muy importante seguir los protocolos y actuar en consecuencia, por supuesto, pero a veces es necesario pensar el protocolo, adaptarlo a las circunstancias, interpretarlo para ponerse a la altura de la situación (*ad altezza d' uomo*). A veces es necesario improvisar con maestría, a la manera de Sonny Rollins, el gran saxofonista de Jazz.

La formación como Apehaches es un proceso de forja del carácter para decidir en situaciones límite. Por esto es muy importante cultivar la capacidad para interpretar situaciones siempre desafiantes en contextos de penuria y precariedad. No es fácil mantenerse en pie cuando se le está viendo el rostro más nítido a la fragilidad. Tomar decisiones acertadas, objetivas, prudentes en medio de contextos catastróficos, es una de las formas más elaboradas de la *phrónesis* aristotélica. Ya llevamos dos asuntos relacionados con el ethos en las decisiones: no perder de vista la identidad como profesionales de la atención, y forjar el carácter para asumir con responsabilidad la toma de decisiones.

Quedan varios temas entre el tintero: la función del error en la toma de decisiones, el manejo de las emociones cuando se debe tomar una decisión difícil (el miedo, la identificación, la tristeza, el asombro, los prejuicios), el imperativo de la formación permanente como expresión de responsabilidad y ética profesional, la gestión de las discrepancias en la relación de colegaje... etc.

Quiero concluir esta carta, abandonarla, recordando un fragmento de Las enseñanzas de Don Juan, de Carlos Castaneda, donde justamente se muestra lo que sucede cuando hay relación entre camino y corazón:

«Debes tener siempre presente que un camino es solamente un camino, y si crees que no debes seguirlo, no has de permanecer en él bajo ningún pretexto. Tu decisión de mantenerte en él o de abandonarlo debe estar libre de miedo y de ambición. Y para tener esa claridad mental has de llevar una vida disciplinada. Solo entonces sabrás que cualquier camino es solamente un camino, y no te equivocarás al dejarlo si eso es lo que te dice tu corazón.

Observa cada camino detallada y deliberadamente. Hazlo tantas veces como sea necesario. Entonces te debes formular una pregunta. Es una pregunta que solamente se plantea la gente mayor. Mi maestro me la enseñó cuando yo era muy joven y mi sangre demasiado vigorosa para que la pudiera entender. Ahora la entiendo. La pregunta es: «¿Ese camino tiene corazón?».

... Si lo tiene, el camino es bueno; si no, es inútil.

Los caminos no llevan a ninguna parte, pero unos tienen corazón y los otros no. Unos otorgan un viaje placentero, y te haces uno con ellos. Los otros te confunden y te arruinan la vida. Unos te hacen fuerte, los otros te debilitan.

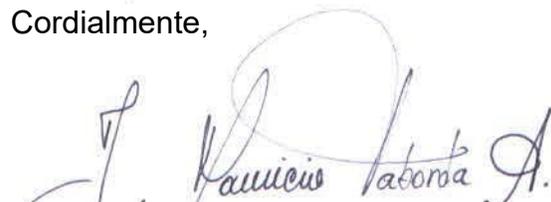
El problema es que nadie se plantea esta pregunta, y cuando finalmente el hombre se da cuenta de que ha seguido un camino sin corazón, el propio camino está a punto de devorarlo. En este punto muy pocos son capaces de parar a deliberar y abandonarlo. Para mí, lo único que vale la pena es recorrer caminos con corazón”.

Hasta aquí la cita. En síntesis, son tres asuntos los que pongo sobre la mesa en esta mañana:

1. La necesidad de reconocer la relación entre la identidad (lo que somos) y nuestras decisiones.
2. Asumir la ética como forja del carácter para tomar decisiones responsables que estén a la altura de las circunstancias. Prepararse arduamente para improvisar con maestría, como en el jazz.
3. Aceptar que la ética más que decirnos de forma clara y distinta lo que se debe hacer, invita a cultivar una relación pensante frente a lo inevitable, frente a lo trágico.

Estos tres asuntos permitirán ratificar con Fito Páez: “Quién dijo que todo está perdido, YO VENGO A OFRECER MI CORAZÓN”.

Cordialmente,



J. Mauricio Taborda Alzate
Profesor
Departamento de Humanidades
Universidad CES